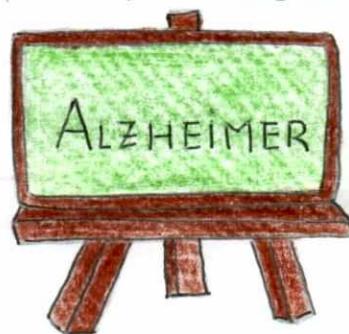


¿TE ACUERDAS DE MÍ?

Como cada mañana me despertaba lleno de vitalidad, eso sí, las legañas en los ojos y la pereza al levantarse de la cama siempre estaban presentes. Pese a todo desayune en abundancia y me dispuse a ir al instituto. Ese día dialogamos acerca del

Alzheimer, una enfermedad de la que había oído hablar en algún que otro



reportaje de televisión o en charlas de adultos pero de la que no sabía mucho, aparte de que se caracteriza por la pérdida de memoria inmediata. Después de las clases sentía curiosidad acerca de cómo sería convivir con personas que padeciesen Alzheimer así que, tras pensarlo, decidí ayudar como voluntario en alguna organización sobre esta enfermedad.

A la semana siguiente fui a la residencia de ancianos con la que iba a colaborar y una de las cuidadoras muy agradable me enseñó las instalaciones y me presentó a las personas por las que realmente estaba allí y con las que esperaba vivir muy buenas experiencias.

Ese día conocí a José, a Marta y a Juan, y pese a que en un primer momento se mostraban distantes y me costaba mantener conversaciones con ellos a medida que fueron pasando los días pude ir

conociendo su vida, sus gustos... Por ejemplo pude saber que José había sido sastre, profesión hacia la que a pesar de no recordarla bien seguía teniendo un incondicional cariño, que a Marta le encantaba escuchar música y siempre andaba por la residencia con sus auriculares morados y que Juan tenía dos hijas a las que tenía un enorme afecto, y que como solían ir a visitarle finalmente las pude conocer. Con el tiempo empecé a mantener una buena relación con ellos, pero en especial con Juan, con quien sentía una enorme afinidad. A pesar de que algunos días no eran realmente productivos, ya que los que ya eran mis amigos se sentían cansados y sin ganas de hablar, normalmente íbamos mejorando nuestra relación y de vez en cuando hacíamos alguna excursión al parque o al lago junto a otros voluntarios. En la

excursión al lago me senté en un banco junto a Juan, quien miraba el cielo pensativo,



en ese momento empecé a hablar con él y respondía a todo lo que le preguntaba casi como si no le costase recordar, yo me quedé atónito, pero gracias a eso puede pasar una muy buena tarde junto a él. Desde ese momento fui cuatro meses seguidos a la residencia y todos los días les preguntaba si se acordaban de mí, pero generalmente tenían un vago recuerdo pero para nada se acordaban de mi nombre.

Con motivo de las vacaciones escolares, entre los viajes y campamentos, estuve dos meses sin pasar por la residencia, y cuando finalmente puede volver de camino allí pensé que si no recordaban mi nombre de un día para otro con el paso de estos dos meses tendría que volver a empezar de nuevo una relación con ellos, incluso estaba confuso acerca de si debía volver a la residencia. Entre todos estos pensamientos ya había llegado, así que entré. Al fondo de la sala vi a Juan y me acerqué a él. Se quedó callado unos instantes y cuando estaba a punto de arrepentirme e irme a casa, me dijo: “¡Como te he echado de menos, Mario!”